

CREER EN EL PODER DEL CONOCIMIENTO Y DE LOS LIBROS

Estela Morales Campos y Carlos Véjar Lacave *in memoriam*

Conocimiento, cultura, libros y bibliotecas

Estela Morales Campos

En honor del Dr. Carlos Véjar Lacave

Tuve la fortuna de encontrar unas reflexiones sobre el libro y la lectura como medio para acercarnos al conocimiento universal o a la información requerida para una necesidad específica. Estas ideas fueron desarrolladas por un médico que, en ese momento, representaba a la Biblioteca del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). Lo anterior, enseguida, me llevó a relacionar dicha lectura con una gran institución social de México, que ha propiciado que una comunidad social o científica tenga al alcance de la mano una amplia muestra de la producción del pensamiento, una extensa e incluyente oferta, tanto de la obra de la comunidad como de las diferentes corrientes del pensamiento y de variedad de temas y enfoques creados por el ser humano.

El documento al que estoy aludiendo representa una visión histórica de pertinencia actual, que se escribió en el pasado siglo XX, hace 65 años. En ese periodo sucedieron grandes y vertiginosos cambios que han modificado tanto las formas de vida local y global como las maneras y múltiples vías de comunicarnos. En esa época se vislumbraban ya perfiles distintos de ver y de analizar los fenómenos en el tiempo y el espacio con nuevos escenarios, nuevos lenguajes, nuevos encuentros; la mayoría, modificados gradualmente a partir de los considerables avances de la tecnología, en especial de las denominadas Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) y de la inteligencia artificial. De forma más reciente, los cambios se han precipitado a partir de un acontecimiento surgido en el campo de la salud, pero que ha afectado todos los aspectos de nuestra vida: la pandemia de COVID-19.

El texto que ha despertado mi atención —“El libro, la biblioteca y la cultura”, del doctor Carlos Véjar Lacave—



me permite interconectar dos grandes grupos disciplinarios que son muy importantes para la sociedad: la Medicina y la Bibliotecología; el médico y el bibliotecario; el hospital y la biblioteca. Ambos conjuntos disciplinarios tienen una presencia simbólico-social en el grueso de la población. Si usted se siente mal, tiene una enfermedad o quiere prevenirla, en su imaginario social están el médico —o “el doctor”—, el hospital, el medicamento; si usted necesita resolver una duda sobre un tema o quiere conocer sobre un hecho, sobre un acontecimiento actual o histórico, usted recurre a un libro, a una base de datos, a un servicio digital de información; usted acude a la biblioteca y le pregunta al bibliotecario en su modalidad presencial o virtual.

Preciso decir que el autor del artículo en cuestión fue un médico de gran trayectoria profesional y de vasta cultura, quien, hacia la década de los cincuenta del siglo pasado, trabajaba en el IMSS, icónica institución médica en México que tiene en su centro la atención integral del

trabajador y todos los aspectos que se requieren para lograrlo: la atención social, deportiva y cultural del trabajador y su familia, teniendo como columna principal la salud pública y la del individuo. Para lograr tal propósito se requiere desarrollar servicios de salud de gran calidad y de cobertura masiva, lo que incluye la investigación, la enseñanza y la práctica médica de punta.

El IMSS se creó en 1943, y desde entonces sus programas de desarrollo han sido permanentes, tanto en la infraestructura hospitalaria como en los centros socioculturales y —de manera muy importante— en las bibliotecas médicas especializadas, que han sido referencia nacional e internacional. Éstas, en la actualidad, cuentan con una gran variedad de recursos tanto impresos como digitales, los cuales comparten información a través de servicios internacionales como MedLine, LILACS y PAHO, entre otros. Respecto a infraestructura, cabe destacar el Centro Médico Nacional Siglo XXI (1961), que además de contar con hospitales es sede del Centro Nacional de Investigación Documental en Salud (1994), con una rica colección en salud pública, enseñanza e investigación y un acervo de 1,420 títulos de revista, además de que alberga a la Biblioteca de la Academia Nacional de Medicina.

Los directivos de esta biblioteca médica central han variado con los años. A veces son médicos de amplia cultura médica y general; a veces, especialistas de la información, pero siempre son profesionales con gran sustento académico y compromiso con la cultura, el conocimiento y el crecimiento del saber y la población.

Esta Biblioteca ha compartido espacios con un gran centro de convenciones y con otras instalaciones que estimulan el intercambio multidisciplinario e intercultural. Disfruta, además, de una bella arquitectura engalanada con diferentes obras de arte; entre ellas, una colección de murales que fueron plasmados por la inspiración de destacados artistas plásticos, como David Alfaro Siqueiros —*Apología de la futura victoria de la ciencia médica contra el cáncer* (1958)—; Luis Nishizawa —*El aire es vida* (1958)—; Francisco Zúñiga —*Los relieves* (1959)—; Jesús Ruiz Mejía —*Mariposas estelares* (1961)—; José Chávez Morado —*Estragos del sismo* (1985)—, y Luis Yaotl —*La medicina del principio en una visión del códice de la Cruz Badiano* (1991).

En ese entorno, destacaba el interés por los espacios arquitectónicos dignos, amplios —hasta majestuosos—, con alturas y ventanales que comparten la luz, el paisaje, el mundo exterior, con el visitante, a fin de mitigar emocional y estéticamente el dolor de los enfermos, de estimular las aspiraciones de los niños, adolescentes y adultos derechohabientes que deseaban realizarse a través del

deporte, la danza, el canto, el teatro, el diálogo y la salud física y espiritual. Todos estos aspectos fueron temas de largas conversaciones con un amigo afín a esos intereses y personajes involucrados: el licenciado Jorge González Durán, quien, en su momento, fue jefe del Departamento de Bibliotecas de la SEP, colaborador y asesor de algunos personajes de la vida pública nacional, como Antonio Ortiz Mena, Jaime Torres Bodet, José Vasconcelos, y compañero de personalidades del mundo del libro, la lectura y las bibliotecas, como Leopoldo Zea, José Luis Martínez y Alí Chumacero, fundadores y responsables de la revista *Tierra Nueva*.¹

El doctor Carlos Véjar Lacave, quien dirigió la Biblioteca del IMSS entre 1956 y 1958, vivió una época de esplendor de dicho instituto y de la cultura mexicana. En esa época, Adolfo López Mateos era presidente de la República (1958-1964), quien, en su amplia biografía, registra haber sido bibliotecario. A su vez, el director del IMSS (1952-1958) era el distinguido economista Antonio Ortiz Mena. Tanto López Mateos como Ortiz Mena fueron personajes de la política mexicana que propiciaron un amplio programa de construcciones como muestra representativa de la arquitectura mexicana, cuyo objetivo era apoyar la atención integral del trabajador, lo cual incluía el funcionamiento de parques deportivos, casas de la cultura, teatros y un destacado Sistema Médico Familiar. Estos programas convivían con los de la SEP, impulsados por Jaime Torres Bodet (1943-1946 y 1959-1964): el programa de Libro de Texto Gratuito y la Campaña de Alfabetización, dos grandes aportes a la educación y crecimiento del país. A la gran obra literaria y cultural de Torres Bodet se suma el trabajo estrecho con José Vasconcelos, tarea que marcó una época de grandes aportes a la cultura mexicana, y su labor como jefe del Departamento de Bibliotecas de la SEP (1922-1924) y, posteriormente, como Director General de la UNESCO (1948-1952).

En este contexto político, cultural y médico, también se desarrollaban las bibliotecas y las asociaciones profesionales del gremio. La conferencia que me ha guiado en estos comentarios, “El libro, la biblioteca y la cultura”, fue dictada por el doctor Carlos Véjar Lacave en el marco de las Primeras Jornadas de Biblioteconomía, Bibliografía y Canje, organizadas por la Asociación de Bibliotecarios Mexicanos, fundada en 1924 por don Juan Bautista Iguíniz, la cual, hacia 1965, dio lugar a la actual Asociación Mexicana de Bibliotecarios AMBAC.

La AMBAC ha reunido a los bibliotecarios de cada época, quienes no necesariamente han sido profesionales de la Bibliotecología. Han sido también hombres de letras y de

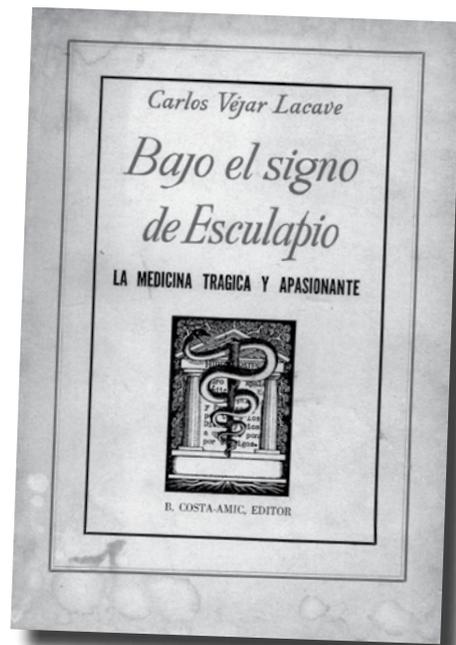
¹ Estela Morales Campos (1988), “Torres Bodet y la educación”, y “Jorge González Durán, informante”, en *Educación bibliotecológica en México: 1915-1954*. México, UNAM / CUIB, pp. 79-80.

amplia cultura, reconocidos por los intelectuales y sobresalientes académicos de cada época, que han estado al frente de las bibliotecas, compartiendo su especialidad y el amor a la cultura letrada con los equipos de trabajo que ponían la riqueza de los acervos al servicio del pueblo. Ejemplo de ello es Francisco Monterde (1894-1985), escritor y bibliotecario del Museo Nacional de Antropología e Historia, de la Biblioteca Nacional de México y de la Imprenta Universitaria, quien, a la vez, era representante de la Asociación de Bibliotecarios. En el mismo contexto, podemos mencionar a personajes como don Tobías Chávez y don Antonio Pompa y Pompa.

Las Primeras Jornadas de Biblioteconomía, Bibliografía y Canje se celebraron en la Ciudad de México del 2 al 7 de diciembre de 1956. En esos años se tenía una presidenta, la doctora Ma. Teresa Chávez (1956-1958), distinguida bibliotecaria profesional que fue un pilar en el desarrollo bibliotecario de nuestro país, tanto en la práctica profesional como en la educación. Respecto a los servicios bibliotecarios, destacó en la Biblioteca de México durante muchos años —ya sea apoyando la dirección de José Vasconcelos o al frente de la institución—. Esta ejemplar biblioteca pública brindaba sus servicios a partir del apoyo de colecciones únicas y seleccionadas para el gran público mexicano; tenía un diseño moderno de servicios que acercaba a niños, madres, obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales a la cultura, la ciencia y la lectura en general.

En este entorno se celebraron las Jornadas del 2 al 7 de diciembre de 1956, que recibieron las reflexiones del doctor Carlos Véjar Lacave en su conferencia “El libro, la Biblioteca y la cultura”. El texto es por demás interesante. Reflexiona sobre la validez y la actualidad de cada uno de los pensamientos y citas que nos unen con grandes pensadores universales y situaciones que se dan en nuestras ciudades y sus habitantes en sus diferentes espacios socioeconómicos, políticos y culturales.

Invito a leer esta ponencia y presento brevemente al doctor Carlos Véjar Lacave: nació en Xalapa, Veracruz, el 13 de enero de 1908; falleció el 15 de mayo de 1989. Fue médico por la UNAM. Estudió asimismo en París y Harvard. Se especializó en gastroenterología, con una reconocida trayectoria en la Facultad de Medicina de la UNAM y en el IMSS. Posteriormente, representó a México como embajador en Finlandia (1964-1965). Dejó constancia de su pensamiento médico y literario en sus libros, al construir una ruta médica y cultural. Fue un escritor de temas históricos, científicos y médicos, al mismo tiempo que se interesó en el pensamiento humanístico y la cultura de su tiempo. Entre sus libros, algunos de los cuales los escribió con el seudónimo Hermilo de la Cueva, cabe citar: *La deshumanización de la medicina*, *Yo vivo con una sombra*, *Prosas que quisieron ser versos*, *Chapultepec*.



Biografía de un bosque, Bajo el signo de Esculapio, Guadalupe de México, Impresiones Finlandesas, y José Vasconcelos. Semblanza y pasión otoñal.

El libro, la biblioteca y la cultura

Carlos Véjar Lacave *in memoriam*

I

Ningún implemento humano ha sido factor más importante para el progreso, que el libro. Nacido ya en la época madura del hombre, ha sido su inseparable compañero, haciendo posible la Historia, la Ciencia, la Religión y la Filosofía. Depositario fiel del pensamiento humano, constituye hoy por hoy, la razón de ser de la cultura y de la civilización toda.

Nada puede el hombre legar en el campo de lo intelectual que no sea a través de la escritura; es el verbo escrito el que, al igual que la voz, lleva en su fondo un mensaje divino que se hace actual en cada una de sus letras y vibra y hace vibrar, igual al sujeto aislado que a la familia, al estado, a la nación y al mundo entero.

Depositario fiel del conocimiento, hizo un hombre del salvaje, ya que en la prehistoria, los humanos que no conocieron el libro, quedan en nuestras mentes como bárbaros, siendo aún de lamentar la existencia en nuestra época de sujetos de ese tipo que conservan el despulimiento y la asperidad, que solo desaparecen cuando el hombre se cultiva. Por eso es el libro fiel amigo del hombre y en sus páginas podemos encontrar desde el



balbuceo de un niño hasta el más complicado razonamiento.

Y al decir libro quiero significar igual el libro de piedra, grabado a cincel por el primer bárbaro que sintió en su alma el anhelo de superarse, que el papiro egipcio que recibiera dócil la escritura de los Faraones o el pergamino impreso con acuciosidad en las casas de cultura que se llamaron monasterios en la Edad Media. Ahora el papel y la imprenta hicieron posible la agitada cabalgata de la ciencia y de la técnica moderna, ahora el libro es colaborador fiel que sigue el pensamiento humano y guarda fiel sus destellos, base para el desenvolvimiento cultural de un pueblo.

La civilización es hija del libro y en cierto modo, es a sus letras, a sus páginas y a sus cubiertas, a quienes debemos el radio y la electricidad, la aeronáutica y el átomo, la ciencia y la filosofía. El avance que ha verificado el hombre moderno para adueñarse de los secretos de la naturaleza, la técnica que doma esos recursos haciéndolos accesibles al ser humano y provocando con ellos el bienestar social; la medicina descubriendo el íntimo secreto de la enfermedad, la reacción del microbio frente al poder defensivo del organismo, la utilización de microbios contra microbios en beneficio del hombre, todo esto ha sido posible gracias al libro. El juicio, el razonamiento, la investigación, el peso de los fenómenos colectivos, el impacto cultural que ello tiene sobre el hombre, el estudio de las relaciones humanas, de la Ciencia y de la Técnica, del Arte, de la Moral, de la Religión, en una palabra, la Filosofía, desde el griego hasta el hombre actual, ha sido posible gracias al libro; sin él, el hombre apenas sería hombre, la historia aún no habría comenzado.

II

Dice Arnold Toynbee que las unidades históricas no son los países ni los continentes, sino las culturas, las civilizaciones. Vivimos en la civilización occidental, pero hemos contemplado el devenir de muchas otras y así la China, la India, el Islam y naturalmente, la Grecolatina, son otros tantos fenómenos que marcan mejor el paso de la Historia que las naciones que apenas han sido importantes en los últimos años. Pero Toynbee tiene también una firme y definitiva fe en la religión y su conciencia histórica le permite concluir que el hombre no podrá jamás suicidarse intelectualmente, ya que el alma que ha encontrado la luz no puede desprenderse de ella.

El hombre encuentra la luz en el libro, sus letras son luminosas y aclaran la mente y estimulan la imaginación, enseñan a conocerse mejor, hacen posible esos momentos gratos en que a solas, sin testigos, se lanzan hacia adentro las miradas y en fina introspección, lee uno en su libro interior el incierto misterio del origen primero, de la misión a cumplir, de la razón de ser. Solo así el mundo puede evolucionar, el hombre que lee es el único apto para decidir cual es la ruta a tomar, y el libro sigue siendo como dedo luminoso de Dios, que señala y orienta nuestro paso vacilante.

Por eso llegamos ahora a este templo que es la biblioteca, casa de libros que es la eterna morada, cima de perfección, que constituye la suprema aspiración de todo hombre culto, de todo espíritu selecto.

III

La Biblioteca es el factor más importante que un pueblo tiene para su desenvolvimiento cultural y para su firme civilización. Contiene en sí todos los elementos necesarios para que un hombre se eduque, es ella la única que puede seguir el ritmo del progreso que en estos últimos años estremece a la Humanidad. Porque es imposible adquirir los libros que un hombre necesita, prácticamente inaccesible la suscripción a muchas revistas y en cambio es infinita la curiosidad de saber y la necesidad de estudiar. Por eso, la solución a ese problema es la Biblioteca, que dota a los miembros de una comunidad del instrumento de aprendizaje fundamental para el cerebro humano.

Debe ser por tanto la Biblioteca, templo de la sabiduría y debe brindar llena de júbilo al estudioso todas las oportunidades que él requiera y auxiliarle eficazmente en sus trabajos de investigación y de consulta, en toda pesquisa constante de la verdad a través del tiempo.

De ahí la necesidad de la documentación para la investigación científica, de ahí la necesidad de cambiar inclusive la doctrina del vivir contemporáneo,

despreciando el enriquecimiento económico, que lleva a un desquiciamiento en el que peligran naufragar toda clase de valores, por la superación que enseña que la única jerarquía real del hombre es la del talento y la de la bondad, lo cual debe orientar al profesionista y en general al estudioso mexicano, hacia las cumbres de la excelcitud humana. Es la Biblioteca el lugar en donde el profesional y el estudioso encontrarán la herramienta indispensable para escalar estas cimas de la nobleza humana.

IV

Se advierte como lógica consecuencia de las consideraciones anteriores, la extraordinaria importancia que adquiere el bibliotecario, así como el compromiso y la responsabilidad que tiene hacia su comunidad, hacia su pueblo, hacia la humanidad. Profesión completa que en cierto modo requiere recia vocación y gran desinterés, ya que es con el maestro y el médico, cuna de elevación, tarea que obliga a prodigarse, esfuerzo de generosidad, claro sentido del deber, conciencia cívica estable y afán de servir, deseo de dar, que al fin y al cabo, es amor y es caridad.

Noble profesión que orienta y encauza el cerebro humano hacia metas de grandeza, bibliotecario amable que recibe al niño al igual que el maestro y le indica sus lecturas, consigue el libro para el joven y muestra y encuentra la bibliografía al adulto para su tarea de saber. Institución que instruye, que educa y que orienta, casa en la que caben igual la Historia que la Geografía, la Música, la Plástica, la Ciencia y la Filosofía. Bibliotecas infantiles, Bibliotecas juveniles, Bibliotecas de obreros, de especialistas, artísticas, históricas, escolares, internacionales; Bibliotecas que claman por la paz, por la libertad, por todo lo que son sagrados derechos humanos, por todo lo que tiene jerarquía moral y cultural en este mundo que a veces parece desquiciarse hasta su desaparición.

V

Casi podría decirse que es axiomático, el que un país vale en su cultura tanto como Bibliotecas tiene y como cuidado les de a ellas. Francia ha sido cuna del saber por sus maravillosas colecciones de libros y los dos países más poderosos del mundo actual, Estados Unidos y la U.R.S.S., compiten no tanto en armamento atómico cuanto en la riqueza y el funcionamiento de sus espléndidas instituciones bibliotecarias.

Honda impresión nos ha causado la organización de estas Jornadas Biblioteconómicas, porque hemos sido testigos de Congresos de Bibliotecarios fuera del país. Nunca será ocioso repetir que en la técnica del vivir actual, poco importa el individuo aislado y mucho la colectividad, que

el hombre tiene que acomodarse a este ritmo en que ahora se actúa y las profesiones, aun las más liberales como la Medicina, tienen que admitir la necesidad de asociarse y de actuar colectivamente. Igual debe ser con los bibliotecarios, es necesario que se unan, que discutan sus propios problemas, que planteen soluciones y que lleven estas soluciones a la práctica. Es menester exigir, ya que se tienen obligaciones, que se tengan también derechos; y solamente la unión decidida y firme de los integrantes de esta noble profesión, podrá modificar los cánones actuales para hacerlos cada vez más elevados, en beneficio del libro, de la Biblioteca, de la Sociedad, y de la Nación en general.

Deben estudiarse fundamentalmente las relaciones exteriores de la Biblioteca, no debe nunca el bibliotecario quedarse simplemente esperando la asistencia de un estudioso, no debe esperar solamente su visita, sino en caso necesario ir en busca de él, al Taller, a la Fábrica, a la Escuela, a la Sociedad científica, a la Academia. No debe ser la Biblioteca museo de libros, sino organismo vivo que trata de comprender a través del bibliotecario, las palpaciones de este gran corazón que es la Patria. Y por ello la organización periódica de Jornadas Biblioteconómicas en las cuales parece que se hace más amplio el espíritu y que se puede prodigar verdad y saber a través del verbo, es éxito definitivo y cimentación firme para el desenvolvimiento futuro de una profesión hasta aquí un tanto incomprendida y mal valorada.

Esperamos que la visión amplia y certera de los dirigentes de estas Jornadas se prolongue en todos los bibliotecarios de México, para que se vea pronto unido, en forma unánime y entusiasta, a todo el cuerpo profesional que México tiene en su Capital y en sus Provincias. Y que entonces, a la satisfacción de ser mejor comprendido por el Estado y por la Sociedad, se una el alma devota de bibliófilo que todo profesional de la cultura tiene, para considerar el libro como un hermano, cuyas pastas son manos sensibles que estrechan las nuestras, cuyas hojas acarician como beso de amante, cuyos títulos son gratas y misteriosas sensaciones que llenan de avidez y de dulzura el alma, libros queridos que constituyen y forman en los anaqueles en que se coleccionan y en las Bibliotecas que se guardan, Templos Sacrosantos en los que se adora el arte y la verdad. ☐

Estela Morales Campos (Campeche, México). Mexicana, maestra en Bibliotecología y doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigadora Titular del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas de la misma universidad. Es autora de 12 libros y más de 100 artículos, publicados tanto en México como en el extranjero. Fue directora del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (hoy Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe-CIALC), así como Coordinadora de Humanidades de la UNAM. Es miembro del Concepto Editorial de *ArchiPiélagos*.